

20 DE JUNIO:
DÍA MUNDIAL
DEL
REFUGIADO

¡Tú puedes hacer mucho para ayudar
a los niños y jóvenes refugiados
a reconstruir sus vidas!

En tu escuela, en tu comunidad y en
tu ciudad. Recuerda que ellos lo han
perdido todo y quieren recuperar
una vida normal
en un país distinto al suyo.

Respétalos, sé tolerante
y tiéndeles la mano.

Las voces
enmudecidas
de los niños
refugiados.

Escapar de la persecución
y la guerra



UNHCR
ACNUR

La Agencia de la ONU para los Refugiados

Las voces enmudecidas de los niños refugiados.

Cada día, en alguna parte del mundo, hay niños que se convierten en refugiados. Huyen de sus países porque su vida está en peligro. Si se quedasen allí, correrían el peligro de ser maltratados por su raza, religión, nacionalidad, por la afinidad política de sus familias.

Quizás huyen porque su país está siendo destrozado por la guerra. Están asustados y corren. Sólo se llevan las cosas que pueden cargar. Otras veces no hay tiempo para recoger sus pertenencias más preciadas.

Cuando se persigue a la gente, cuando estalla la guerra, los que más sufren son los niños. En el caos y en la confusión de la huida, los niños, accidentalmente, pueden quedarse separados de sus padres. A veces, los soldados les secuestran y obligan a luchar o trabajar como esclavos.

Buscando un lugar seguro, miles de niños refugiados se albergan en los campos de refugiados, que se convierten en sus hogares provisionales mientras esperan que llegue el día en que con sus familias puedan volver a sus países sin ningún tipo de peligro.

Algunas familias de refugiados viven en departamentos u hogares entre la población del país que los ha recibido.

Los niños refugiados necesitan alojamiento, comida, atenciones médicas básicas y educación.

Los niños refugiados van a la escuela para aprender y estar con otros niños. Saben que la educación es la única esperanza para una vida mejor, cuando regresen a casa. Con la educación, los refugiados adquieren autosuficiencia, y pueden integrarse a sus nuevas comunidades.

En el mundo existen aproximadamente 50 millones de personas que se han visto obligadas a abandonar sus hogares. Los niños menores de 18 años representan el 45% de la población refugiada.

Sólo en Europa Occidental hay más de 100,000 niños separados de sus padres. Alrededor de unos 20,000 niños separados presentan solicitudes de asilo cada año en Europa, Norteamérica y Oceanía.

En México también hay niños refugiados, que junto con sus familias, han huido de la persecución en sus países y quieren reconstruir sus vidas.



y los niños también van al exilio

Por Felipe de la Lama ¹

1. Huyendo de casa a otra ciudad

En el tiempo de la guerra, casi tres años, las ventanas siempre debían cubrirse por las noches con cortinas o telas oscuras para que no se filtrara ni un rayo de luz que pudiera orientar a los aviones fascistas. En los vidrios se pegaban tiras de papel para que en caso de que estallaran por la explosión de las bombas, las esquirlas no saltaran por toda la habitación.

De Madrid habíamos salido mi tía y yo porque la situación era cada vez más peligrosa: los víveres empezaban a escasear. Cada vez había más colas para obtenerlos, los bombardeos por aire y por tierra eran ya cotidianos.

Cuando salimos de Alicante a toda velocidad atravesando los muelles incendiados por el bombardeo marítimo y aéreo, de un lado los depósitos de gasolina que explotaban elevando enormes flamaos hasta el cielo y del otro los barcos que ardían y se hundían con ruido sordo, todo el tiempo estuve acurrucado en las rodillas de mi padre.

Fue en Figueras en donde mi padre en una de sus premoniciones nos despertó y emprendimos el camino a la Junquera. El pueblo fue arrasado y la casa donde dormíamos fue destruida. Pero nos salvamos gracias a los presentimientos de mi padre.

2. Salida del país, cruzando la frontera

Cuando nos dijeron que teníamos que huir a Francia, se nos explicó que era de vida o muerte que no nos descubrieran, que pasaríamos la frontera en un transporte cerrado, escondidos, de contrabando, y que si los gendarmes franceses nos encontraban, lo más seguro era que nos regresaran para entregarnos a los fascistas.

Antes de salir mi padre me dio un beso y me dijo: "Yo no voy. Más tarde me reuniré con vosotros. Cuida de tu madre y de tu tía. Ahora tú eres el hombre de la familia". Es difícil de entender esa responsabilidad a los 11 años, pero sentí que lo menos que podía hacer era no demostrar el miedo que me crecía por segundos.

Cuando subimos al camión no sentí más que silencio, pero supe que había más gente. Tomé las manos de las dos mujeres (mi madre y mi tía) ahora a mi cargo y nos sentamos en el suelo. Al mismo tiempo abrazábamos las maletas donde iba lo poco que habíamos podido sacar de nuestra casa de Barcelona, algo de ropa y unos cubiertos de plata envueltos en un mantel.

Al cerrarse las puertas del camión, la oscuridad no me permitía ver ni siquiera mis manos y sólo por las respiraciones cada vez más angustiosas, acabé por convencerme de que había otras personas con nosotros.



UNHCR / B. Heger

Seguramente ya habíamos pasado la frontera. El calor era insoportable por la falta de ventilación. El camión, posiblemente un transporte para carnes, debe de haber sido hermético.

Muchos fueron los que tuvieron que huir de esa manera. Algunos pasaron como yo escondidos en algún vehículo y otros muchos a pie por la frontera sufriendo las humillaciones que la soldadesca francesa les infligió mientras les robaba lo poco que llevaban para ser internados en campos de concentración.



UNHCR / J. Oerlemans

3. La vida en el exilio

Por la situación de guerra, (en Francia) estaban concentrando a todos los españoles en campos de concentración que el gobierno había creado.

Un campo de concentración era, como su nombre lo indica, un lugar para concentrar a la gente, para tenerla bajo control. Todos habíamos oído el problema que representó para Francia la llegada de varios miles de refugiados españoles.

El campo de Ceilhes ni siquiera estaba en un pueblo: era una antigua fábrica de productos químicos (...) La mayor parte de los vidrios estaban rotos y el aire se colaba levantando nubes de polvo de un suelo por el que no había pasado una escoba desde hacía años. Lo único que había en aquella inmensidad era una gran cantidad de pacas de paja y costales.

Llegaron las nieves. Para nuestras madres que sólo podían combatir el frío llenándonos de papel periódico los zapatos y forrándonos con más periódico el cuerpo entre la camisa

y la camiseta, aquello fue una angustia. El que tenía un jersey era un privilegiado y yo era uno de ellos. Algunas de mis prendas fueron repartidas por mi madre entre los más necesitados, pues ella seguía pensando que teníamos suerte de estar vivos y había que agradecerse a la vida de alguna manera: a costa de mis jerséis.

Los primeros días estuvieron dedicados a que yo me familiarizara con el idioma. En los años de la guerra no volví a tomar un libro y aunque mi preparación era más que correcta para mi edad, en la Escuela Mairan yo estaba en total desventaja. Sin saber el idioma, ni historia ni Geografía de Francia, materias básicas en aquella cultura.

Mi trauma fue tal que no puedo recordar mi llegada a la escuela ni nada de lo que pasó los primeros días. La única imagen que no he bloqueado es la del salón de clase, las miradas inquisitoriales de cuarenta y pico de francesitos y una angustia que crecía a medida que se acercaba la hora del recreo, en la que tendría que enfrentar a la curiosidad malsana y las agresiones de aquellos seres.

Me convertí en lo que realmente era para todos: un pequeño refugiado perdedor de una guerra en un país de quinta donde ni siquiera se hablaba una lengua culta.

4. Soluciones duraderas para los refugiados

Nuestro exilio en Francia tocó a su fin. En 1939 empezaron a salir barcos de refugiados republicanos hacia un país lejos de la guerra en Europa, a Cuba, Venezuela, República Dominicana y otros países de Hispanoamérica. Mi padre había enviado en repetidas ocasiones la solicitud para venir a Méjico, que era el país cuyo Presidente, el General Lázaro Cárdenas, había brindado todo el apoyo a la República desde la guerra hasta el exilio. Pero no fue hasta principios del 42 que llegó el aviso de que nos habían considerado para salir de Francia y venir a Méjico en el penúltimo barco de refugiados que se realizó. Por fin llegamos a Veracruz el 22 de mayo. Nosotros fuimos la penúltima remesa de refugiados.

México con “x”

Por fin el fantasma de la guerra había quedado atrás y se podía pasear sin miedo que un gendarme nos pidiera “les papiers”, los documentos de identificación sin los cuales se nos enviaba al campo de concentración. . . Ahora podíamos ir a un mercado y comprar lo que quisiéramos sin la limitación de los cupones de racionamiento. Una docena de huevos por un peso, por 50 centavos un kilo de frijoles que sustituyeron a nuestras judías, pan el que quisiéramos.

Pero sobre todo lo más reconfortante era el trato con la mayoría de la gente, que era cordial y solidaria, tanto los mexicanos, como varios antiguos residentes españoles que apoyaron a los refugiados dándoles habitación y trabajo. Aunque no faltaba quien guardara memoria de la Conquista como si la hubiera vivido en carne propia y nos echaba en cara “lo que nos hicieron los españoles”, cual si fuéramos parte de las huestes de Don Hernán Cortés.

Para los adultos el exilio significó reconstruir todo lo que habían construido en el curso de sus vidas. Mi padre fue un buen ejemplo. Para los niños como yo fue iniciar su vida todos los días.

Ahora sigue vigente la tragedia de los refugiados. Cuando sé de ellos me identifico y sufro con el recuerdo, con mis recuerdos. Y sólo me queda desearles a esos niños que también van al exilio, que la suerte los acompañe como a mí me acompañó.





¿Qué es el ACNUR?

El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) protege y cuida a los niños, jóvenes y adultos refugiados. Junto con otras organizaciones, el ACNUR hace todo lo posible para proporcionar a los niños refugiados seguridad, comida, agua, alojamiento, cuidados médicos, educación y esperanza para el futuro.

El 20 de junio, se celebra el Día Mundial del Refugiado.

La principal tarea del ACNUR es la protección de los refugiados. Los gobiernos de muchos países del mundo han otorgado asilo a los refugiados. Brindar asilo implica ofrecer un lugar seguro donde las personas que corren peligro en su propio país pueden tener una vida pacífica.

OFICINA REGIONAL DEL ACNUR PARA MÉXICO, AMÉRICA CENTRAL Y CUBA

mexme@unhcr.org

www.acnur.org

Tel. (5255) 5263 9864